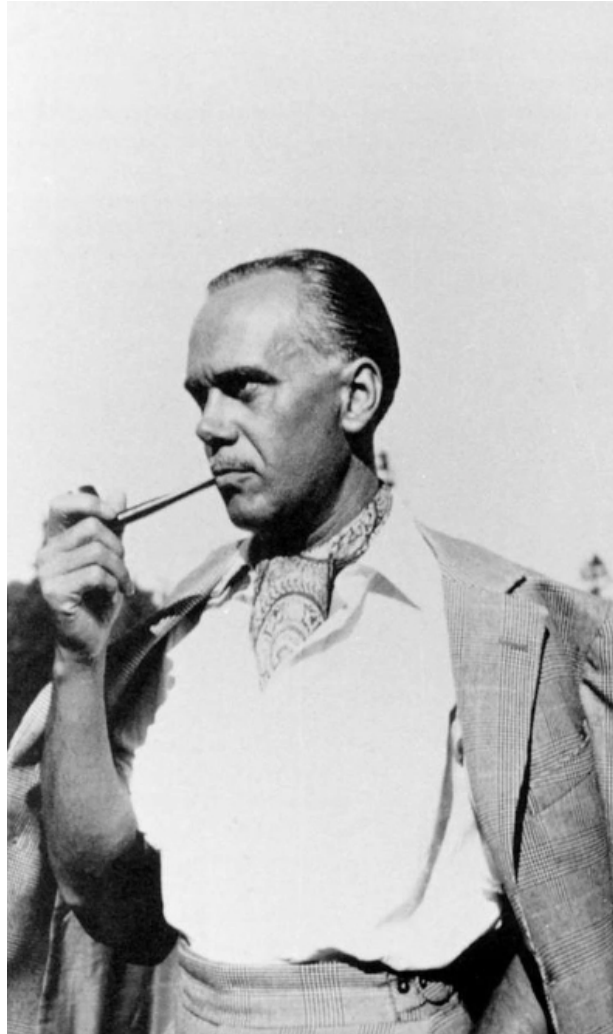


EL MÉXICO DE LUIS CERNUDA

Vicente Quirarte

El barrio es hondo y antiguo. Sus casas señoriales, que uniforman con su diversidad la armonía de la calle Francisco Sosa, alternan con heroicas accesorias que han resistido el paso de tiempo y la especulación inmobiliaria. Sesenta años después de la entrada en la inmortalidad de Luis Cernuda, antiguo habitante de Coyoacán, fachadas, plaza, iglesia lucen, ciertos días y en horas determinadas, tal y como el poeta las recorrió cientos de veces. Los fines de semana, el barrio es ocupado por gente en sus años verdes, que rinde homenaje a los versos “el sol / que dora desnudos cuerpos juveniles / y sonrío en todas las cosas inocentes”.

Tras el portón de la casa marcada con el número 11 de la calle Tres Cruces, casa de los Altolaguirre, que abrieron sus puertas al amigo sin familia y sin ajuar, aún brilla el jardín donde el poeta conquistaba la tregua necesaria, él, que en parques, cementerios y ruinas halló motivos para la epifanía traducida en extensos poemas meditativos o en versos fulminantes que ya forman parte del patrimonio mayor de la memoria. De aquí salió su cuerpo el 5 de noviembre de 1963, rumbo a la funeraria Gayosso, y luego al Panteón Jardín, sembrado de cipreses, género de árbol que su amigo Gerardo Diego llamara “enhiesto surtidor de sombra y sueño”.



Luis Cernuda con pipa. Fotografía de dominio público, vía [Péndola](#).

El cementerio es grande pero íntimo. En la fosa 48, fila 4 sector C yace bajo una lápida que tiene la sobriedad de sus actos terrestres: “Luis Cernuda Bidou. Poeta. Sevilla 1902-México 1963”. La tumba de granito es sencilla, de una sencillez tan inmediata que linda con la indiferencia. En Luis Cernuda, con Luis Cernuda, esta palabra tiene un doble sentido. Aún en la megalópolis del tercer milenio, el cementerio es la isla de silencio que defendió los 61 años de su aventura terrestre. En días pasados un admirador anónimo depositó una maceta de plástico con flores

violetas, convertidas en símbolo personal gracias a los versos que el sevillano dedicara a Mariano José de Larra:

Y en este otro silencio, donde el miedo impera,
 Recoger esas flores una a una
 Breve consuelo ha sido entre los días
 Cuya huella sangrienta llevan las espaldas
 Por el odio cargadas con una piedra inútil.

Como la casa Usher en el cuento de Poe, la tumba de Cernuda luce una grieta que comienza donde termina su nombre y la cruza por completo. El epígrafe de ese texto, firmado por Bránger, también puede ser aplicado a Cernuda: “Su corazón es un laúd suspenso. Cuando se le toca, resuena”. Si leer a Luis Cernuda es transformarse en cómplice de una actividad heroica que él creía nacida para el monólogo, sensación se convierte en calosfrío cuando frente a su tumba leemos en voz alta los versos finales de “A un poeta futuro”:

Escúchame y comprende.
 En sus limbos mi alma quizá recuerde algo.
 Y entonces en ti mismo mis sueños y deseos
 Tendrán razón al fin, y habré vivido.

Son versos que podrían ser inscritos en su tumba, de la misma manera que estos otros:

Donde habite el olvido,
 En los vastos jardines sin aurora;
 Donde yo sólo sea
 Memoria de una piedra sepultada entre ortigas
 Sobre la cual el viento escapa a sus insomnios.

La última década de su vida quiso vivir en México; agotó las calles de la capital y viajó a algunas ciudades del interior; el mar de Acapulco le trajo de regreso el esplendor de Málaga, ése donde fue más feliz de lo que alcanzaba a vislumbrar su

juventud atormentada. El sol, el aire y la gente le devolvieron su Andalucía —más cierta en el alma que en la realidad—, y le dieron la pauta para escribir los poemas en prosa que constituyen *Variaciones sobre tema mexicano*. No es casual que también en México preparara la edición definitiva de *Ocnos*, aparecida póstumamente, y que es fruto de su nostalgia andaluza en tierras inglesas y norteamericanas.

Cernuda vino a México por primera ocasión en 1949, durante las vacaciones de verano, pues era profesor invitado en Mount Holyoke. *Poemas para un cuerpo* es un libro más decisivo en la vida que en la obra de Cernuda. Ante el esplendor del enamoramiento y bajo la oscura luz de la historia terminada, Cernuda tuvo algunos de sus instantes vitales más intensos, aunque los poemas, en sí, no sean memorables. Crítico y autocrítico, Cernuda confesaba que no siempre había sido capaz de establecer la distancia necesaria entre el hombre que sufre y el poeta que crea. De ahí que podamos confiar en su testimonio cuando afirma que “*Poemas para un cuerpo* son... entre todos los versos que he escrito, unos de aquellos a los que tengo algún afecto”. Cernuda no tiene prejuicios en mencionar la palabra “cuerpo”, y que el inspirador de los poemas era alguien que hacía del fisiculturismo y de la actividad física los ejes de su vida.

Variaciones sobre tema mexicano quiere ser la bitácora que, como la del auténtico viajero, se escribe en el alma. Adorador de la belleza, Cernuda se entregaba a ella sin reservas. Sin embargo, fiel a la lección de John Ruskin, quien le enseñó a evadir la falacia patética y la emoción inmediata, no menciona sus sitios poéticos con mayúscula, sino los crea. Adivinamos, en uno la terraza del Castillo de Chapultepec; en otro, los canales de Xochimilco. Lo que importa siempre, con base en la experiencia externa, es crear

un espacio interior, develado por el poeta para hacernos mirar con nuevos ojos lo que siempre ha estado ahí. Los puentes entre la Sevilla de la infancia y el presente de Glasgow son producto de la memoria; aquéllos que vinculan Sevilla con México nacen de verdores análogos, de terrazas que están o estuvieron en otra parte más allá del océano. Hay un hecho que explica esta necesidad de hacer suya la tierra mexicana aunque Cernuda haya tenido el buen gusto estético y el pudor de no confesarla: la devoción por lo que formaba, a sus ojos, *lo mexicano*, nacía paralela a su enamoramiento por un nativo de esta tierra. Los *Poemas para un cuerpo* explican esta correspondencia entre sujeto y espacio. Ser parte de otro significa adueñarse de su territorio, poseerlo. Por eso sus poemas no son estampas del turista deslumbrado por el paisaje extranjero, sino testimonio de una mutua y enriquecedora posesión. La historia de amor, como todas las grandes, termina. Sus rescoldos reviven en Acapulco, en la Playa de la Roqueta, cuando el amor es ya sólo la imagen torturante de lo que fue. Enamorado de la belleza física, fue asistente asiduo a los conciertos de música clásica, sobre todo a los que se realizaron en 1956, en México al igual en todo el mundo, con motivo de los 200 años del natalicio de Mozart. ¿Cómo no pensar en Aschenbanch, el artista enamorado que Thomas Mann concibe, persiguiendo en las calles de Venecia al otro que es él mismo, espejo de Narciso que combate, en batalla perdida, contra el tiempo?

Podría llenarse un libro con todas las anécdotas de los habitantes de la Ciudad de México que lo vieron por la urbe que, caminante y solitario como era, conoció hasta agotarla. Cernuda y la ciudad. Miremos parte de ese álbum fotográfico, instantáneas impresas —ya para siempre— en pupilas mexicanas: Cernuda y el autobús Colonia del Valle, donde se sentó al lado de un

adolescente que leía un libro de poemas, pretexto para la conversación donde el joven, llamado Enrique González Rojo, le comunicó su parentesco con el abuelo ilustre. Cernuda y los martinis del Sanborns de Lafragua, donde iba a festejar su cumpleaños de hombre solo. Cernuda en las oficinas de Hacienda, llenando la puerta con sus suéteres ingleses, saludando a Octavio G. Barreda y a Fausto Vega. Cernuda en los pasillos de la Facultad de Filosofía y Letras, vestido con la elegancia excesiva que es en el fondo blindaje del solitario. Cernuda en los salones de clase, impartiendo una cátedra aburrida en un salón semidesierto, para confirmar la regla de que los buenos escritores son malos profesores. Cernuda en la tertulia del Hotel del Prado, donde Sergio Fernández lo mira transfigurarse desde su llegada rígida, hasta la locuacidad que lo animaba al hablar de los poetas ingleses con familiaridad y cercanía, como si acabara de tomar el té con ellos. Cernuda a la salida del Palacio de Bellas Artes, recorriendo a pie los diez kilómetros hasta Coyoacán, alimentado por la luz de Mozart; Cernuda grabando sus poemas para el disco editado por la Universidad Nacional Autónoma de México para la serie Voz Viva, en una cinta casera que no elimina el modo seco, urgente, con que pasa de un poema a otro, timbre metálico y bajo, voz discreta y honda que tiende a no hacerse notar, como el Góngora de su poema que sólo salía amparado por la penumbra, para que menos se notara “la bayeta caduca de su coche y el tafetán delgado de su traje”. Cernuda en el ataúd flamante de Gayosso, el rostro impecablemente afeitado, y Guillermo Fernández —único poeta mexicano que lo veló toda la noche— estableciendo, a través del vidrio, el vínculo que no pudo darse en vida.

Cuando Cernuda llega a México, los Contemporáneos —que pudieron haber sido los suyos— habían dejado de ser los Contempo-



Como la casa Usher en el cuento de Poe, la tumba de Cernuda luce una grieta que comienza donde termina su nombre y la cruza por completo.



ráneos y entraban en la entonces peligrosa definición de “nuevos clásicos”. Sin embargo, del grupo trató solamente al pintor Manuel Rodríguez Lozano, a quien dedicó precisamente *Variaciones sobre tema mexicano*. Como colaborador constante en medios periódicos, se incorporó a un grupo más joven: el de la llamada generación de medio siglo. En las páginas del suplemento *México en la cultura*, dirigido por Fernando Benítez, aparecieron numerosas colaboraciones de Cernuda.

Desde su refugio coyoacanense, en su exilio interior, Cernuda preparó ritualmente su último viaje. Concha Méndez lo recuerda indiferente a la correspondencia que llegaba, la cual tiraba al cesto de basura sin haberla abierto, pero al mismo tiempo con accesos de jovialidad y de ternura. Salía poco y apenas recibía visitas. Una de ellas, la de Octavio Paz, dejó una instantánea magnífica de la visión que le proporcionaba el poeta entre la penumbra del jardín de su huerto cerrado.

Acaso porque murió en un día cercano al de Todos los Santos, Luis Cernuda regresa más intensamente hasta nosotros, enfundado en su elegancia excesiva, refugio y armadura del solitario: recorrerá los lugares donde la conciliación —como la felicidad— se daba sólo por instantes: ante un pastel de mil hojas en el café del cine París: gozoso como niño ante los cucuruchos de camarones que solía comprar en puestos callejeros. Como los verdaderos solitarios —Pessoa, Lovecraft, López Velarde—, Luis Cernuda tenía hábitos de niño: comer solo y lo que se antojaba, no respetar las convenciones, hacer del cine o la sala de conciertos su dominio exclusivo: travesuras del *dandy* que no desea cumplir con los rituales burgueses de los otros. De tal manera, el hombre cercano a los sesenta años rendía homenaje al joven que treinta años antes, en la antolo-

gía de Gerardo Diego, subrayaba su iconoclasta declaración de fe: “No sé nada, no quiero nada, no espero nada. Y si aún pudiese esperar algo, sólo sería morir allí donde aún no hubiese penetrado esta grotesca civilización que envanece a los hombres”. Luis Cernuda leyendo a Garcilaso ante un grupo de alumnos indiferentes en la Facultad de Filosofía y Letras; entrando en un cine para “vivir sin estar viviendo”; celebrando la belleza física del cuerpo en una pelea de box en la Arena Coliseo; apagando por última vez la luz de su cuarto en Tres Cruces 11, corazón de Coyoacán, sabiendo, en el fondo, que a la mañana siguiente tenía cita, a primera hora, con aquella que no había dejado a los Cernuda llegar a los 60 años. Concha Méndez lo encontró en el piso, recién afeitado, la pipa en una mano y los cerillos en la otra. Limpio de cuerpo, manifestaba su lealtad a uno de sus textos: “Tal vez sea mejor vivir así, desnudo de toda posesión, dispuesto siempre para la partida”.

No quiero terminar estas palabras sin reconstruir una fotografía que tengo ante mis ojos. Fue tomada ante la tumba de Luis Cernuda el 5 de noviembre de 1978, en los 15 años de la muerte del sevillano, donde nos dimos cita varios devotos de Cernuda. Nos encabezaba Concha Méndez, con un ramo de flores del jardín de la casa donde Cernuda creía recuperar el huerto cerrado que sólo la infancia y la poesía nos permiten poseer. A sus 80 años de edad, era la memoria del grupo de poetas que hizo el Otro Siglo de Oro de la poesía española. Con dos bastones y el corazón entero, representaba a esa Generación del 27 cuyo mayor heroísmo fue vivir con una intensidad que devoró al tiempo para incorporar a España a la modernidad.

A cambio de las flores que depositamos en la tumba de Cernuda, cada quien se llevó la parte de la herencia cernudiana que le correspon-

día. A todos nos quedaba claro que, por haber estado en nuestra tierra, por reposar bajo ella, Luis Cernuda es mexicano. En México, donde el “esta es su casa” es signo revelador de la generosidad de sus habitantes, aprendió nuestro culto a la muerte y también a hablar con ella. Fuimos al Panteón Jardín para hablar con él, pero también

para comprobar que su esterilidad es aparente. Ese día, y todos los demás en que el azar abrimos *La realidad y el deseo*, o ejecutamos una acción que redime la dignidad del hombre: decimos al poeta que somos los hijos que no tuvo pero tiene. Los hijos mexicanos de Luis Cernuda.

«
Desde su refugio coyoacanense, en su exilio interior, Cernuda preparó ritualmente su último viaje.

»

